

# Pachorra

María Inés Falconi

Ilustraciones de Ernesto Guerrero



## Pachorra y Rita, amor en puerta

Se dio vuelta y no lo vio. ¿Cómo podía ser? 5

Pachorra estaba seguro de que su amigo Martín venía caminando atrás, como siempre, sacudiendo la correa roja para un lado y para otro. Pachorra nunca entendió para qué llevaba la correa en la mano si jamás la usaba. ¡En fin, cosas de humanos!

¿Pero dónde se había metido Martín ahora? Era la primera vez que venían a esa plaza, así que no sabía dónde buscarlo.

Decidió volver sobre sus pasos para ver si lo encontraba.

Mejor ir oliendo el piso. Pachorra, como cualquier perro, confiaba más en su olfato

que en su vista.

Papel de caramelo, no.

Changuito de compras (compraron cebollas), no.

Perfume a jazmines, no.

Pañal con... Bueno, pañal... Tampoco.

6

Nada olía a Martín.

Pegó más la nariz al suelo.

¡Ahhh...! ¡Ahí estaba...! ¡Sí, señor!

No, Martín no.

Ahí estaba ELLA, la perra más hermosa del mundo (eso se lo imaginaba, porque todavía no la había visto, solo olido).

“¿Dónde estás, amor de mi vida?”

Levantó la cabeza, olió en el aire y entonces la vio.

Negra como el carbón, con una correa roja y un moño también rojo en la cabeza (no supo si eso le gustaba mucho), con las orejas paradas y puntiagudas, el hocico finito finito



y el pelo todo enrulado.

Pachorra pegó un ladrido cortito.

Ella se dio vuelta y movió la cola.

Pachorra también movió la cola y apuró el paso para alcanzarla.

Cuando estuvo a su lado, la olió un poco.

8 ¡Qué perfume maravilloso!

Ella no dijo nada y mucho menos gruñó y muchísimo menos lo echó. Hasta movió la cola y le hizo una caidita de ojos.

Pachorra empezó a caminar a su lado.

Ella se hacía la interesante, pero lo miraba de reojo, Pachorra se daba cuenta.

La señora que la llevaba de la correa (ella sí iba atada con una correa) se paró en la esquina, esperó que el semáforo se pusiera en rojo y cruzó.

—Vamos, Rita —dijo.

¡Se llamaba Rita! ¡Qué hermoso nombre...!

¡Tan hermoso como ella!

Pachorra las siguió. Tenía prohibido cruzar la calle solo, lo sabía, pero en este caso no estaba técnicamente solo: iba con Rita... y con la dueña de Rita.

Caminaron unas cuadras, doblaron, caminaron otras cuadras, doblaron, y al final, la señora se paró en la verdulería.

9

No hay nada más aburrido para un perro que una verdulería.

Rita se sentó en la vereda y Pachorra comenzó a caracolear a su alrededor.

Rita tuvo la mala idea de pegar un ladridito de alegría.

¡Para qué! Su dueña se dio vuelta, vio a Pachorra “molestando” a su perra y, sin dudar, sin siquiera preguntarle a Rita qué pensaba, le empezó a gritar.

—¡Fuera! ¡Fuera! —decía mientras tiraba de la correa para atraer a Rita a su lado.

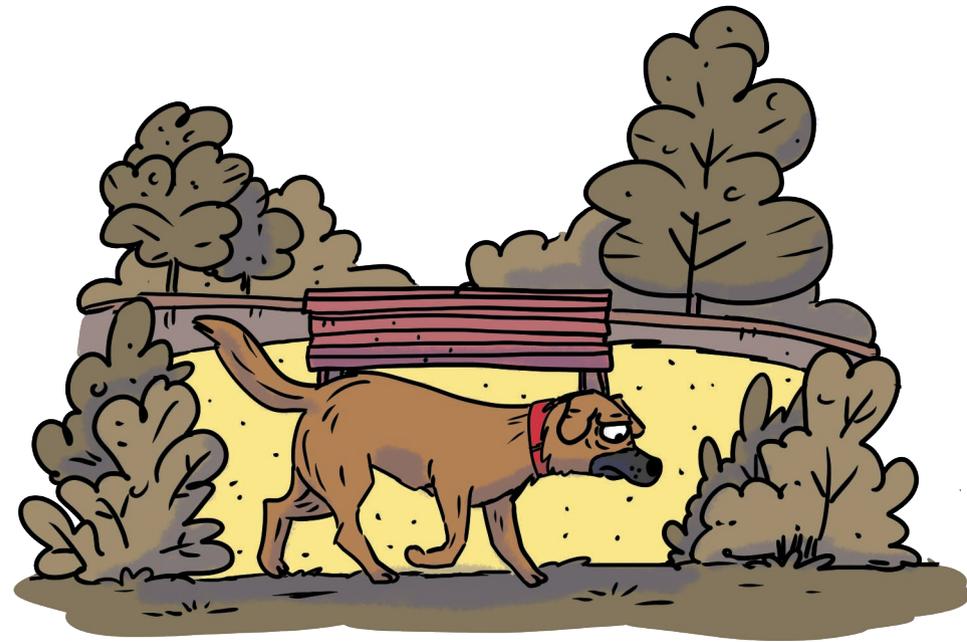
Cuando la tuvo cerca, la subió a upa y siguió:

—¡Fuera! ¡Fuera! Yo no sé... Estos perros sueltos son un peligro. ¿Para qué tienen perros si los van a largar a la calle? —protestaba la señora.

10 Pachorra quería contestarle que nadie lo había largado a la calle, que no era un peligro y que tenía un amigo que se llamaba Martín, que era mucho más bueno que ella que era una vieja bruja...

Pero, como era un perro, no podía hablar. Así que metió la cola entre las patas y se fue por donde había venido, dándose vuelta de tanto en tanto para despedirse de Rita que, en brazos de su dueña, lo miraba con tristeza.

“No importa —pensó Pachorra— mañana cuando volvamos a esta plaza con Martín, seguro que la encuentro. Solo se trata de que la vieja bruja no me vea”. Pegó la vuelta y con la cola alzada de orgullo caminó hacia la plaza.



## Pachorra y Noemí (la de la sogá)

12 Intentó caminar hacia la plaza, pero ¡ouch!  
Solo pudo llegar hasta la esquina.

¿Y ahora?... ¿Para qué lado tenía que ir?  
Había caminado tan distraído siguiendo a Rita  
que no le había prestado atención al camino.

Olfato. A cualquier perro lo salva su olfato.

Bajó la nariz al piso, canchero. Sí, por supuesto, ahí estaba su propio olor. ¡Adelante, Pachorra!

Pudo seguir su huella unos metros porque después el olor se perdió en una zanja llena de agua.

Pero Pachorra no pensaba darse por vencido. “Estoy seguro de que crucé esta calle”, dijo

mirando alrededor, y se largó.

Claro, él siempre cruzaba las calles junto a Martín. No se tenía que preocupar por los semáforos, por los autos, por nada. Martín decía “vamos” y él iba. Sin mirar.

Pero esta vez Martín no estaba. Cruzó mal. Cruzó horrible. Un auto le frenó a pocos centímetros y se salvó por poco de que lo atropellara.

—¡Perro estúpido! —le gritó el conductor por la ventanilla y después arrancó haciendo chirriar las ruedas.

Asustado, Pachorra corrió hasta la vereda y se quedó mirando cómo el auto se alejaba, sin entender muy bien lo que había pasado.

Volvió a oler el piso y lo único que logró fue girar en círculos. El rastro estaba absolutamente perdido.

Avanzó unos metros y se echó a la sombra, contra la pared de una casa. Estaba

cansado, estaba triste y también estaba asustado.

Se daba cuenta de que la gente que pasaba ni lo miraba. Él esperaba que alguno de ellos fuera Martín, pero no lo era.

14 Pensó que cuando lo encontrara le iba a pedir que le pusiera la correa, así no volvía a perderse.

Pensó también que no tenía que ser tan enamorado y andar siguiendo perras por la calle.

Pensó que tenía que prestar más atención y no andar por ahí papando moscas.

Y pensó que mejor seguía caminando para encontrar la plaza porque la idea de pasar la noche en la calle no le gustaba nada.

¡Pobre Martín! ¡Él también debía estar buscándolo! Si al menos tuviera un celular...

Se paró, hizo una cosa tipo “ta-te-ti suerte para ti” para ver si seguía para la derecha

o para la izquierda. (Eso para los perros es complicado porque tienen cuatro patas, así que no sería derecha o izquierda, sino derecha, izquierda, arriba y abajo, o este, oeste, norte, sur o... Bueno, no importa).

La cuestión es que empezó a caminar lentamente (hacia la izquierda), un poco oliendo, un poco mirando, un poco escuchando. Nada. Nada conocido, ni una pista.

No sabía cuántas cuadras había recorrido. Muchas, porque estaba muy cansado. Ya no tenía dudas de que en vez de estar acercándose a la plaza se estaba alejando cada vez más.

Pachorra sabía, lo había sabido siempre, que esa idea de Martín de mudarse no había sido buena. Si hubieran estado en su barrio anterior, él hubiera llegado a su casa con los ojos cerrados. Pero ahí... ¿dónde estaba la maldita plaza?

Empezó a tener miedo y empezó a tener hambre. Olió los árboles, las puertas de los negocios y de las casas en busca de algo para comer... Encontró solo una galletita. ¡Uf..., qué difícil vivir en la calle! ¡Pobres los perros callejeros!

16 Pasó por la vidriera de una veterinaria y vio montones de bolsas de comida, pero claro, no eran para él. Eran para comprar, y si no tenía celular, tampoco tenía plata.

Se tiró en la entrada de un edificio para descansar un rato, tal vez dormir y recuperar fuerzas.

La gente entraba y salía, pero nadie le prestaba atención. Como mucho, lo miraban con curiosidad. Una señora le dijo a su nene que no lo tocara, que lo podía morder. ¡¿Morder?! ¡Uf! ¡Los humanos tenían cada idea!

De pronto, una mujer que pasaba caminando por la vereda, se detuvo y lo miró.

—¿Qué pasa, perrito? —preguntó—. ¿Te dejaron afuera?

Se acercó a acariciarlo y Pachorra gruñó. No tenía ganas de mimos en ese momento y, por alguna razón, la mujer no le daba confianza. Martín le había dicho muchas veces que tuviera cuidado porque en la calle lo podían robar. El no entendía bien qué quería decir “robar”. ¿Qué le iban a sacar? ¿El collar?

La mujer se paró frente al portero eléctrico y llamó a todos los departamentos, uno por uno.

—Acá hay un perrito. ¿Es suyo?

Todos le decían que no o ni siquiera le contestaban.

La mujer se agachó y lo acarició otra vez. Pachorra volvió a gruñir, pero pensó que estaba exagerando. La señora no parecía mala. Hasta sacó unas galletitas de su mochila y le convidó.

Pachorra odiaba las galletitas, pero hacía como doce horas que no comía. Se lo agradeció lamiéndole la mano. La mujer le acarició la cabeza otra vez y sonrió.

—Lindo perrito —dijo—. Vení, te voy a llevar a un lugar para que te cuiden y te den de comer.

Pachorra no pudo negarse, primero, porque la promesa de comida era irresistible, y después, porque la mujer le ató una soga al collar y tiró para que se levantara.

Pachorra se retorció. Nunca iba con correa y nunca iba a donde no quería ir, pero era imposible zafarse de la soga y la mujer seguía tirando.

—No tengas miedo, perrito. Vamos a ir a un lugar donde te van a cuidar —repitió.

Pachorra clavó las patas de adelante contra las baldosas de la vereda, pero la mujer era fuerte y terminó arrastrándolo.

En fin, al menos le iban a dar de comer. Después vería.

—Te voy a llamar Cacho. ¿Te gusta Cacho?

¡¡¡Puajjj!!! ¡¿A qué perro le puede gustar llamarse Cacho?! ¿Cacho de qué? ¿Cacho de banana? ¿Cacho de carne? ¿Cacho de perro?

Por supuesto, no pudo decir que el nombre le parecía horrible y que él en realidad se llamaba Pachorra.

Con nombre nuevo, atado con una soga, cansado y hambriento, siguió a la mujer... sin ganas.

Ella le iba a contando lo que iba a hacer, pero él ni la escuchaba ni le importaba. Solo estaba atento a encontrar a Martín o la plaza o su edificio. Algo conocido. Había decidido que, si llegaba a verlo, tiraba de la soga y se escapaba. Mientras tanto, seguía caminando junto a la mujer.



—Vas a ver, Cachito —(era Cachito en vez de Cacho, mucho peor)—, ahora vamos a ir al refugio y ahí te van a dar de comer, te van a dar las vacunas y, quién te dice, a lo mejor te encuentran un dueño.

“Pará, pará —pensó Pachorra—, dueño ya tengo, no quiero otro. Y vacunas... ¿Vacunas? ¿En serio que me van a pinchar?”.

Volvió a tirar de la sogá, pero no logró nada. El nudo era fuerte.

Mientras caminaba, iba mirando las vidrieras

de los negocios: ropa, carteras, perfumes, ¡comida! Eso era interesante, pero la mujer siguió de largo: peluquería, ¡zapate...! ¿Zapatería?

“¡Un momento! ¡Pare! ¡Es un segundo!”.

Porque en la zapatería, adentro de la zapatería, con el hocico pegado al vidrio, estaba Rita. ¿Se estaba comprando zapatos? ¡No! La que se estaba comprando zapatos era la vieja bruja, que, descalza, con una pila de cajas a su lado, se ponía y se sacaba zapatos, uno atrás de otro.

Pachorra ladró y aplicó el freno de patas delanteras, una vez más, sin éxito. Siguió arrastrado, ahora mirando para atrás.

Rita también ladró y, sin perder tiempo ni pedir permiso, salió corriendo del negocio con la correa flotando al viento, con mucho más éxito que Pachorra.

Su dueña miró. Dijo “¡Oh!”. Gritó “¡Rita!” y salió corriendo atrás, con un zapato puesto y el otro pie descalzo.

Rita corría más rápido, claro. Pachorra se frenaba todo lo que podía, y las mujeres, una corría rengueando y la otra avanzaba tironeando.

Conclusión: Rita alcanzó a Pachorra. Se dieron un beso de hocicos, se olieron un poco y siguieron caminando uno junto al otro moviendo las colas.

La dueña de Rita se cansó de correr, y con el poco aire que le quedaba llamó al 911

para hacer la denuncia. Le dijeron que ellos no buscaban perros.

La señora de la sogá también llamó, pero al refugio. Avisó que había encontrado un perro. No, dos. ¡Mirá vos qué día de suerte!